

טיב הקהילה

Edición en español

בספרדית

טיב המערכת

Tiv Hamaaréjet

El deseo de vivir

En cierta ocasión, el santo Rabí Eliézer de Dzikov, zal, enfermó gravemente. Durante aquel período se encontró con su consuegro, Harav Hakadosh, Rabí de Sanz, y le pidió que rezara por su recuperación.

El santo Rabí de Sanz hizo como si tratara de eludir su petición y le dijo:

—Consuegro, después de todo, allí, en el Mundo de la Verdad, se está mejor que aquí, en el mundo de la falsedad...

El Rabí de Dzikov intentó entonces argumentar en su propio favor, diciendo que, mientras permaneciera en este mundo, se ocuparía de las necesidades de sus descendientes —que eran también descendientes del santo Rabí de Sanz—, mientras que, si partía de este mundo, quedarían sin quien los sustentara; por ello, era preferible que continuara con vida.

Nuevamente, el santo Rabí de Sanz hizo como si tratara de eludir su petición y le respondió:

—Cuando usted esté en el Mundo de la Verdad, yo me ocuparé de ellos.

Al ver el santo Rabí de Dzikov que los asuntos de este mundo no constituían una razón suficiente para hacer cambiar de opinión al Tzadik de Sanz, se vio obligado a revelar cuál era, en realidad, el verdadero motivo por el que deseaba continuar viviendo, y le dijo:

—Ahora se acercan los Yamim Nora'im, y cuando yo rezo, toda la corte celestial se alegra con mis plegarias.

En ese mismo instante, el santo Rabí de Sanz accedió. Fue a sumergirse en la mikvé y, al regresar, le dijo al santo Rabí de Dzikov:

—He conseguido en el Cielo que le prolonguen la vida otros siete años.

Después de lo sucedido, el Rabí de Shinova preguntó a su padre, el santo Rabí de Sanz, por qué al principio había aparentado negarse a acceder a la petición.

Su padre le respondió:

—Tenía un gran deseo de mostrar cómo los Tzadikim ocultan su verdadero nivel espiritual. Y, efectivamente, lo conseguí. Al principio, cuando vio que yo quería conocer el verdadero motivo por el que deseaba vivir más años, trató de eludir la cuestión diciendo que su intención no era sino ocuparse de asuntos sencillos, es decir, mantener a sus descendientes. Pero volví a hacerlo hablar, rebatiendo aquel argumento, hasta que se vio obligado a admitir que todo su propósito era causar satisfacción en el Cielo...

En efecto, para los grandes Tzadikim, toda su existencia en este mundo tenía un solo propósito: causar satisfacción en el Cielo. Sin embargo, en realidad, este punto existe en todo judío, cualquiera sea su situación. Cada persona, conforme a su naturaleza y a su nivel, aun cuando tenga también intereses personales relacionados con esta vida pasajera, sabe en lo profundo que la finalidad de su vida son la Torá y las buenas acciones, mediante las cuales causa satisfacción a su Creador. Incluso su deseo de satisfacer sus necesidades materiales tiene como propósito último poder alcanzar, por medio de ellas, la finalidad deseada: causar satisfacción a su Creador.

Y, efectivamente, en esta festividad acostumbramos recitar las Hoshanot, despertando así el mérito para que nos sean concedidas nuestras necesidades materiales. Pero antes que nada comenzamos diciendo:

«¡Hoshá na, por Ti, D-íos nuestro!

¡Hoshá na, por Ti, Creador nuestro!

¡Hoshá na, por Ti, Redentor nuestro!

¡Hoshá na, por Ti, Tú que nos buscas!»

Con ello declaramos expresamente que todo cuanto pedimos es «por Ti». Todos nuestros deseos y aspiraciones en los asuntos materiales tienen como finalidad aumentar, por medio de ellos, el honor del Cielo.

(Tiv Hamoadim – Tishré)

טיב המעשיות

Tiv Hamaasiot

A la sombra de la fe

**«Extiende sobre nosotros Tu sucá de paz,
una sucá de misericordia, vida y paz».**

Es conocida la enseñanza de los Tzadikim acerca del enorme cariño que reviste la mitzvá de la sucá: la persona entra en ella con todo su ser, incluso con las botas puestas... Es decir, entra enteramente dentro de una mitzvá y queda completamente rodeada por la sagrada Shejiná, bajo la sombra de la fe (tzilá dimhemnutá).

En el primer artículo del Shulján Aruj (Óraj Jaím 1:1), el Ramá comienza estableciendo el principio de: «He puesto a Hashem siempre delante de mí» (Tehilim 16:8).

Al parecer, este principio constituye una introducción fundamental para el cumplimiento de todas las leyes del Shulján Aruj, pues únicamente cuando la persona cumple debidamente este principio de tener constantemente a Hashem ante sí, puede cuidarse apropiadamente de observar todas las halajot como corresponde.

Como allí escribe el Shulján Aruj:

«Pues la manera de sentarse de una persona, sus movimientos y sus ocupaciones cuando se encuentra sola en su casa no son iguales a su manera de sentarse, moverse y actuar cuando se encuentra delante de un gran rey. Tampoco su forma de hablar y de expresarse libremente cuando está con los miembros de su familia y sus allegados es igual a su forma de hablar cuando se encuentra ante el rey. Con mucha mayor razón, cuando la persona pone en su corazón que el gran Rey, Hakadosh Baruj Hu cuya gloria llena toda la tierra, está sobre ella y observa sus actos, como está escrito (Yirmehiah 23:24): «¿Acaso puede alguien ocultarse en escondrijos y Yo no lo veré?, declara Hashem», inmediatamente llegarán a ella el temor y la sumisión ante Hashem, y sentirá siempre vergüenza ante Él».

Asimismo escribió el santo Rabí Elimélej de Lizhensk, zal, en sus Hanhagot Haadam (artículo 15):

«Que imagine como si una persona estuviera constantemente frente a él, sin apartar jamás la mirada de sus actos. Si aquella persona viera en él algo desagradable, se avergonzaría y se sentiría

despreciable ante sus propios ojos, hasta el punto de querer esconderse, por la enorme vergüenza, dentro del escondite de un ratón. ¡Con mucha mayor razón ante Aquel cuyo Nombre sea bendito, que está sobre él y contempla sus actos en todo momento y a cada instante, y de Quien es imposible esconderse!». Durante los días de la Festividad de Sucot, cuando nos cobijamos bajo la sombra de la fe, bajo las alas de la sagrada Shejiná, resulta más fácil alcanzar este nivel.

Así como, por naturaleza, las personas procuran que los vecinos no escuchen lo que sucede dentro de su sucá..., con mucha mayor razón debemos cuidarnos constantemente ante Hashem Yitbaraj que se encuentra aquí con nosotros en la sucá y ve y escucha nuestros actos en todo momento y a toda hora.

(Tiv Hamoadim – Sucot)

Por el mérito de su entrega por la mitzvá del etrog

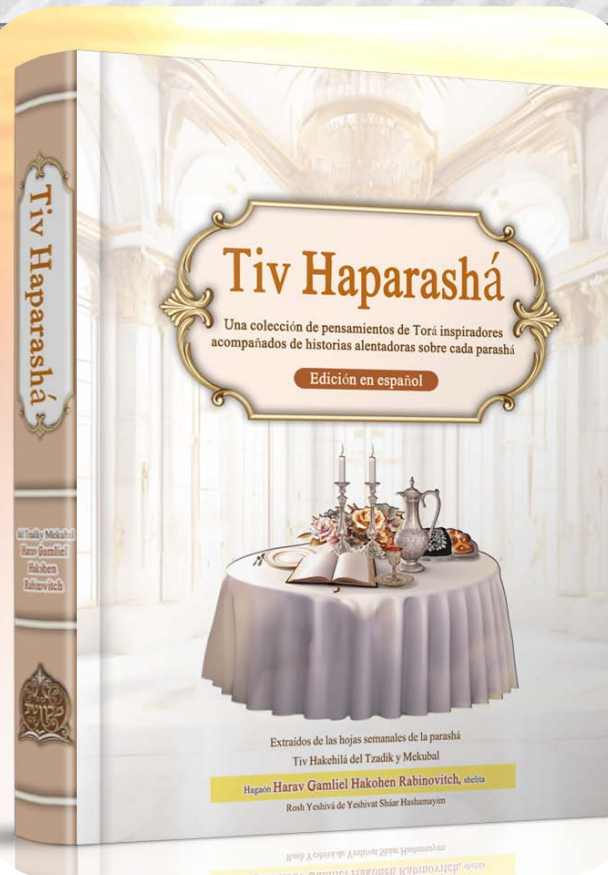
Había un judío que sentía un cariño extraordinario por la mitzvá del etrog y hacía grandes sacrificios para conseguir cada año un ejemplar hermoso. Su único hijo heredó de él aquel amor por la mitzvá y, después de Sucot, pidió a su padre que le regalara el etrog para jugar con él.

Unos jóvenes gentiles del lugar, movidos por la envidia, secuestraron al muchacho y lo entregaron a un sacerdote, quien lo llevó a un monasterio y lo educó como cristiano. Su padre lo buscó desesperadamente, pero no consiguió encontrarlo. Un gran Tzadik le aseguró que, por el mérito de su entrega y amor por la mitzvá del etrog, algún día recuperaría a su hijo.

Pasaron muchos años. El muchacho olvidó su pasado, ingresó en el clero y terminó convirtiéndose en un importante juez.

Cierto año, el padre viajó en busca de un hermoso etrog y encontró uno excepcional, por el que pagó una enorme suma. Un policía, sorprendido de que alguien pagara tanto por lo que consideraba un simple «limón», sospechó que ocultaba una bomba. Confiscó el etrog, arrestó al judío y lo llevó ante un tribunal.

Los jueces ordenaron cortar el supuesto «artefacto». Al abrirlo, naturalmente, no ocurrió nada; únicamente se extendió por la sala el delicioso aroma del etrog. De repente, uno de los jóvenes jueces se acercó, tomó algunos trozos y comenzó a



olerlos con gran emoción.

—Este aroma me resulta muy familiar —dijo—. Me recuerda mi infancia. ¿Acaso los judíos utilizan esta fruta en alguna festividad?

—Por supuesto —respondió el judío—. Es un etrog, que utilizamos durante Sucot.

Al escuchar la palabra «etrog», el joven juez cayó desmayado. Cuando volvió en sí, comenzó a llorar:

—¡Tate, Tate! ¡Papá! ¿No me reconoces? ¡Soy tu hijo, aquel que fue secuestrado cuando era niño!

El padre lo observó y reconoció a su hijo perdido. El aroma del etrog había despertado en él los recuerdos de su hogar judío y había penetrado hasta lo profundo de su alma. Abandonó su vida anterior, regresó con sus padres e hizo una teshuvá completa, llegando con el tiempo a convertirse en un destacado talmid jajam y un hombre de gran temor del Cielo.

Diferentes caminos en Hoshaaná Rabá
Existen numerosos caminos en el servicio a Hashem, algunos incluso aparentemente opuestos. Sobre ellos puede aplicarse la enseñanza de nuestros Sabios: «Unos y otros son palabras del D-íos viviente», pues la recompensa se la merece «tanto quien hace mucho como quien hace poco, con tal de que dirija su corazón al Cielo».

Un claro ejemplo son las distintas costumbres de Hoshaaná Rabá. En Satmar, el autor del Vayael Moshé, zal, prolongaba la plegaria hasta cerca de la puesta del Sol de Sheminí Atzérét, como

también acostumbraban en Toldot Aharón y otras comunidades.

En cambio, otros procuraban rezar vatikin (al amanecer), después de permanecer despiertos durante la noche. Rabí Itzik de Pshevorsk, zal, apresuraba especialmente la plegaria de Hoshaaná Rabá y decía:

—¿Cómo podremos alegrarnos con la Torá durante las hakafot (rondas) si antes no hemos dedicado por lo menos catorce horas al estudio de la sagrada Torá?

Esto nos enseña que también en otros aspectos del servicio a Hashem cada persona debe conocer su lugar y conducirse conforme a su alma y a las costumbres de su comunidad.

(Tiv Hamoadim – Tishré)

Gratitud por la alí de Jatán Torá
En la antigua sinagoga de Baté Naitín, en Yerushalaim, se organizaban en Simjat Torá dos

minyanim para que todos pudieran recibir una alí. Por ello había cada año dos Jatané Torá y dos Jatané Bereshit.

Cierto año no aparecieron compradores para tres de aquellas aliot. Un joven, utilizando unos pequeños ahorros que poseía, decidió adquirirlas y honrar con ellas a algunos de los ancianos y hombres distinguidos de la congregación. Uno de ellos fue el Tzadik Rabí Shemuel Hominer, zal.

Al día siguiente, Rabí Shemuel encontró al joven y lo invitó a acompañarlo a su casa. Antes de salir se quitó los anteojos, explicando que así cumplía «y no se desviarán tras sus corazones ni tras sus ojos». Mientras caminaban comenzó a hablar con él de Torá para cumplir «y cuando andes por el camino»; escogió senderos apartados para cuidar sus ojos y, al llegar a la carretera, recordó el precepto de «cuídense mucho a ustedes mismos».

Al llegar a su casa, recibió afectuosamente al joven y le dijo:

—Está escrito en el sagrado Zóhar que no es apropiado realizar una mitzvá gratuitamente, sino que se debe pagar por ella. Tú me concediste el mérito de ser «Jatán» en Simjat Torá; por ello quiero regalarte uno de los tomos de mi obra Éved Hamélej. Escoge el que desees. Y no se limitó a aquella ocasión: cada año le regalaba otro tomo de su obra, como muestra de gratitud por la mitzvá que aquel joven le había permitido cumplir.